DURANTE LA GUERRA ESPAÑOLA
LEYO "LA DIVINA COMEDIA" Y

cen cinco hijos. Uno de ellos, Miguel, muere en accidente el día 31 de octubre de 1958, cuando iba, en compañía de su maestro, a visitar a Picasso. Miguel era pintor, y ha dejado una obra considerable, que fue expuesta, después de su muerte, en la sala Gaspar, de Barcelona, y en la sala de Bellas Artes, de la Biblioteca Nacional, de Madrid. La muerte de Miguel fue para su madre un hecho doblemente triste. porque además estaba compenetrada intelectualmente con el hijo.

—¿Cuáles son los primeros recuerdos de su vida?—le pregunto en su admirable estudio, al fondo de los elegantes salones de su casa de Barcelona.

—Cadaqués. El mar. Me daba miendo el mar. Luego, Barcelona. Un piano y mi madre tocando. Mi infancia fue muy triste, por un suceso familiar.

En Cadaqués, Mercedes recuerda a Salvador Dalí, que, siendo mucho mayor que ella, iba todavía de pantalón corto.

—Allí estaba su padre, su tía y su hermana Ana María. También recuerdo a Lydia de Cadaqués, «La bien plantada», y a sus hijos, que eran pescadores.

Paul Eluart, en Cadaqués. Mercedes le recuerda perfectamente.

—Le llamaban «El hombre que le falta un pulmón», porque lo había perdido en la guerra.

«Mi infancia fue triste»

En Cadaqués todavía no había veraneantes prácticamente. No estaba este nombre en las guías de turismo.

—Siendo muy niña todavía, yo no tenía idea de que pudiera gustarme la literatura; pero yo leía muchísimo. Edifiqué con cajas de cartón y madera un teatro. Otra amiga y yo representábamos comedias casi en se

Mercedes Salisachs no es una escritora ya conversación sea fácil, desenvuelta, g sa. Mercedes es melancólica, tiene la voz tizada dentro de esa melancolía de los g des y raros artistas que tienen algo de

—La gente cree que he tenido una fácil y agradable, y en realidad mi infa ha sido muy triste.

Recuerda Barcelona con una perman huelga, con las calles vacías.

—Los «peseteros», que eran coches de ballos, que por una peseta te daban la vu a Barcelona. Los domingos almorzábamos casa de mi abuela, que tenía una «tor Callos a la madrileña.

La familia era poco intelectual, y sus g tos se alejaban mucho de la literatura o arte.

—La casa de mis padres era la más fea cuantas he conocido. Es posible que por beldía a aquel ambiente, que me producía

Con Marino Gómez Santos

DIO A COCINAR, ZO A ESCRIBIR

Su estudio está lleno de recuerdos de su hijo muerto

aprendiese yo decoración. Esta casa es- da puesta por mí.

udia en el colegio de Jesús y María.

Cuando entré era una especie de salvaje. debo a aquellas monjitas el haber com- ido la religión, aunque mis padres eran sos. Luego, por razones de salud, salí legio. Estudié por libre en la Escuela Comercio. Mi padre quería que yo hiciese fesorado; pero yo ya tenía novio y afi- s literarias.

mencé a escribir nte la guerra»

casa. Viene la guerra, a los dos meses cer su primer hijo. Van refugiados a . Allí están poco tiempo, porque su ma- José María Juncadella, entra en España San Sebastián para alistarse como volun- a las tropas nacionales.

Mi marido se fue al frente y yo me que- en San Sebastián, donde viví tres años con poco dinero; pero me fue muy bien, por- aprendí a cocinar. Leí por primera vez Quijote», comentado por Astrana Marín, a Divina Comedia». Entonces comencé a ibir; pero no sospechaba siquiera que iba narlo en serio.

berado Barcelona, vuelve a Barcelona. ndo empezaba la vida de posguerra, Mer- s Salisachs publica dos libros, cuyo re- o le abochorna.

Me da vergüenza horrible nombrarlos. spués de publicados sentí la necesidad de ibir y, sin orientación alguna, comencé a . Seguía tratando a gente ajena a la lite- ra. Yo era una señora como cualquiera e, que vivía en un ambiente totalmente ar, que no me satisfacía; pero del que poco podía zafarme, porque era el ambien- que había vivido toda mi vida.

Entonces Mercedes Salisachs se dedicó a bras benéficas. Necesitaba tener contacto el prójimo, con unas personas distintas. fue directa a la llaga.

Me metí en el hospital como enfermera. vez me dieron dos enfermos una peseta propina, que guardo aún.

ro tiene que dejar esta actividad por en- rarse delicada de salud. Malestar, inquie-

Aquí viene una verdadera tragedia, que cuando escribí una obra teatral: «La he- a de Bethulia». Se representó en Madrid, l teatro de la Zarzuela, dirigida por Fe- Sassone. La obra era malísima, pero yo ces no lo sabía. Para colmo de las des- as, casi no tuvo ensayos. Todo se hizo de lquier modo. En la noche del estreno es- el «todo Madrid» en la Zarzuela. Esto, que no parezca pedantería. Yo lo digo porque todo Madrid presenció un fracaso. Gracias a este fracaso, que me dolió muchísimo, me he podido superar.

Mercedes Salisachs habla de su fracaso teatral como si ella no fuese la autora; habla con absoluta imparcialidad. Me dice que el estreno fue un auténtico desastre.

—Pasaron varias cosas: la primera, que la obra era muy mala; la segunda, que nadie se sabía el papel. Como sucedía en la época bíblica, los hombres tenían que ir con unas falditas cortas. Al protagonista, desde el patio de butacas, se le veía el calzoncillo. Y eso provocaba la hilaridad en los momentos más dramáticos. En tercer lugar, todas las flores de Madrid fueron a parar a mí. Las subieron al escenario, y uno de los acomodadores tropezó y se cayó. A partir de aquel momento tengo una aversión profunda por las flores.

Difteria después del fracaso

No tiene amargura en la voz ni en el acento. Habla como si todo hubiese ocurrido en un film, en un argumento de alguna novela.

—El tropiezo del acomodador se publicó en algunos periódicos. Esta obra y sus incidencias le dieron motivo para escribir una parodia a Alvaro de Laiglesia, que es una de las parodias más graciosas que ha escrito. Mi obra no era importante, pero sí el público que había asistido al estreno. Al día siguiente del estreno se me declaró la difteria. La gente creyó que había caído enferma por el disgusto.

Desde este momento tiene que sufrir la incomprensión de amigos y de personas cercanas a ella. Pensó que tendría que volver a empezar por un camino distinto, pero ignoraba dónde estaba aquel camino.

—Los que se consideraban amigos pensaban en mí como en una fracasada, y con razón.

No se da por vencida. Escribe un libro en el que pone toda su esperanza; pero también este intento resulta fallido, aunque por causas ajenas a las estrictamente literarias. El editor de la novela le plantea un conflicto muy grave, que quizá en otra persona que tuviese una vocación no muy arraigada le hubiese hundido para siempre.

—A partir de aquel momento guardé la máquina de escribir. Y me prometí a mí misma no volverla a destapar hasta que no me creyese lo bastante preparada para caer en otro error.

Los años que vinieron no fueron felices. Vacío de amistades. Se convence de cuán convencional es la amistad, generalmente.

—Los intelectuales me tomaban a broma; me consideraban una señora burguesa que además quería darse el capricho de ser una intelectual. Los amigos de mi ambiente me consideraban una loca, una maniática.

Conoce a Eugenio d'Ors. Se lo presenta Angel Zúñiga.

—Angel Zúñiga fue uno de los pocos que dio la cara por mí, por no decir el único, cuando yo estaba en desgracia. Aunque lo hubiera hecho solamente por caridad, se lo agradezco muchísimo.

—¿Cómo juzgas tú ahora aquella gente que tenía aquel criterio de ti?

—No reprocho a nadie la actitud que adoptaron en aquellos tiempos, porque aparentemente tenían razón, y yo, probablemente, en su lugar hubiera hecho lo mismo.

Don Eugenio creyó en Mercedes

Eugenio d'Ors leyó un libro de Mercedes Salisachs: «Foehn». Le pareció, y así lo dijo, que la persona que había escrito aquel libro no podía ser una persona vulgar y que estaba seguro que, con el tiempo, llegaría a ser

MERCEDES SALISACHS

una escritora. Conversaciones de Mercedes Salisachs con el maestro. Mercedes entra de lleno a estudiar la filosofía dorsiana.

—Este hombre creía en mí, y ello me daba confianza para seguir. Me enseñó y me ayudó muchísimo. Me puso en contacto con algunos literatos que iban a su casa. Fue el lazo entre la literatura y yo. Una de las personas más interesantes que he conocido en casa de don Eugenio d'Ors fue Aranguren.

Durante aquella época de su amistad con D'Ors estudió y trabajó intensamente formando vocabularios, llenó cantidades de cuadernos con apuntes, en los que aprendía a ordenar el pensamiento para no dejarse llevar por la inspiración. Después de cinco años de estudios constantes, comenzó a escribir otra novela.

Mercedes Salisachs en la biblioteca de su casa

—Dudo que nadie sintiese como yo su muerte, porque no sólo había sido un amigo o un maestro, sino el único puntal que tuve en aquellos momentos difíciles.

Un año y medio antes de la muerte del filósofo catalán, Mercedes descubrió que su hijo Miguel pintaba, casi a escondidas, realizando sus obras sin método alguno, llevado de su intuición. Cuando D'Ors fue a Barcelona para asistir como Jurado a los premios de poesía catalana Ciudad de Barcelona, aprovechó para mostrarle lo que su hijo estaba haciendo, a fin de saber si realmente podía tener interés en el futuro lo que el muchacho hacía.

—Don Eugenio creyó en el primer momento que aquellos lienzos los había pintado yo y que se lo ocultaba. Costó disuadirle. Entonces me aconsejó que Miguel tomara lecciones de Galí, que había tenido una academia de dibujo muy importante en Barcelona.

Este profesor, al ver la obra del pintor principiante, dijo que no necesitaba maestro, sino tiempo para llegar a dominar plenamente la técnica para expresar su arte. Como el muchacho no se encontrase conforme, no obstante el elogio, tuvo un profesor cuyo nombre fue indicación de D'Ors: Rogent. Luego fue a París para estudiar con André Lothe, lo cual le valió para saber cuál era su camino. A todo esto se intentaba imponer al joven pintor la dedicación a la industria. Y aquí empezaba otro drama familiar.

La muerte del hijo

Muerto D'Ors, la escritora se encontró sin asidero ninguno; pero algo más fortalecida para trabajar. Escribió una novela, en la que puso todo su empeño, y como aún le duraba el recuerdo de la incidencia con aquel editor, la envió al Premio Planeta.

—Fue el año que lo ganó Santiago Loren. Yo presenté mi novela con el seudónimo de María Desein y con el título de «El fratricida». En aquel año se presentaron 203 novelas. Cuando faltaban sólo tres días para el fallo, abro «La Vanguardia» y veo, con gran sorpresa, que mi obra estaba seleccionada entre las ocho finalistas. En aquellos momentos di por bien empleado todo lo que había sufrido anteriormente y supe que mis esfuerzos no habían sido estériles. De hecho era como si ya me hubiesen dado el premio.

Mercedes Salisachs no quiere perderse la emoción de la votación, y viene a Madrid para presenciarla. Aún no conocía al editor Lara. Su novela fue eliminada en la primera votación.

Evito el contar las conversaciones que después se producirían entre Mercedes Salisachs y el editor Lara, bastante sustanciosas, por cierto, pero que nos llevarían muy lejos.

—Luego comenzaría entre mi hijo Miguel y yo una comunicación intelectual y amistosa extraordinaria. Comunicación que fue creciendo con los años, hasta el punto de que una vez muerto me he alegrado de que hubiese sido hijo mío no ya sólo por el orgullo que supone ser madre de un artista con talento, sino porque al ser hijo mío ha facilitado el desahogo de mi pena, ya que la gente ha respetado y comprendido mi dolor. Hasta cierto punto, nuestra vocación y nuestras ideas eran las mismas. Se puede decir que uno y otro nos necesitábamos.

Mercedes trabaja y trabaja con ahínco su novela «El fratricida» revisándola, cortando y escribiendo algunos capítulos nuevamente, hasta que la presentó al Premio Ciudad de Barcelona.

—Fue el año que lo ganó tan justamente Tomás Salvador.

«El fratricida» quedó seleccionada en quinto lugar; pero la novelista encontraría un editor: Luis de Caralt. Todavía Mercedes iba a rehacer su libro por quinta vez. Y se publicó con el título de «Primera mañana, última mañana».

—Como el nombre de Mercedes Salisachs había quedado tan maltrecho en mis anteriores actividades, pensé que era mejor empezar otra vez con nombre distinto. Firmé Mara Ecín. Eso fue muy mal interpretado, ya que creían que lo hacía por cobardía.

«Nunca tendrás un premio literario»

Vuelve a caer enferma. Ahora tiene una enorme depresión nerviosa. Escribe «Más allá de los railes», que queda reposando en el cajón por espacio de un año.

—Posteriormente, cuando ya «Primera mañana, última mañana», se había comentado y discutido con más puntos en favor que en contra, escribí «Carretera intermedia», que era precisamente la antítesis de la obra anterior.

Volvió a presentarse al Premio Planeta con esta obra, alcanzando la calificación de finalista. Para ella, íntimamente, era mejor haber quedado finalista que haber ganado el premio. El ganador fue Antonio Prieto, con «Tres pisadas de hombre». Recuerda Mercedes que cuando se dirigía al hotel Palace, donde se habían celebrado las votaciones, una persona que le acompañaba le dijo: «No te hagas ilusiones; nunca ganarás un premio literario.»

—Yo también lo creía en aquellos momentos. Sin embargo, para lo único que necesitaba un premio literario no era para afirmar mi vocación, que ya la tenía, sino para tener oficialmente el derecho de seguir escribiendo. De hecho, ese derecho lo alcancé quedando finalista. Había probado mi buena fe firmando con mi nombre y aceptando las consecuencias de todo.

Estos episodios de la vida de Mercedes Salisachs vienen a demostrarnos bien claramente que su fuerte vocación literaria ha sido como una tensión dramática que ha sacudido su existencia, como un viento fuerte de huracán.

Nada ha sido cómodo para ella en lo literario, ni nada fácil, ni nada fue logrado alegremente. Ha creado con dolor, con sacrificio, en medio de ambientes diferentes de incomprensión. Ella, que podía haber jugado la carta segura de su condición social, donde todo es cómodo y favorable, prefirió no abandonar jamás ese sentimiento profundo y verdadero que es el dolor de escribir con todo su intenso y amargo dramatismo, que es leer lo después en voz alta ante el mundo.

MARINO GOMEZ-SANTOS